

Margaret Laurence

El ángel de piedra

Traducción de Miguel Temprano García

Libros del Asteroide 

No entres dócilmente en esa noche quieta,
rabia, rabia contra la agonía de la luz.

DYLAN THOMAS

En lo alto del pueblo, en la cima de la loma, estaba el ángel de piedra. Vete a saber si seguirá aún allí, en memoria de aquella que entregó su débil espíritu cuando yo obtuve el mío, tan obstinado, el ángel de mi madre que mi padre compró orgulloso para señalar dónde yacían sus huesos y proclamar su dinastía, como él creía, por siempre jamás.

En verano y en invierno, contemplaba el pueblo con sus ojos ciegos. Era doblemente ciego, no solo por ser de piedra sino porque lo habían privado incluso de la pretensión de la mirada. Quienquiera que lo hubiese esculpido había dejado vacías las órbitas de los ojos. Me parecía extraño que estuviese en lo alto del pueblo animándonos a todos a ir al cielo, sin tener ni idea de quiénes éramos. Pero en aquel entonces yo era demasiado joven para saber su propósito, aunque mi padre me contaba a menudo que había costado un dineral traerlo de Italia y que era de puro mármol blanco. Ahora creo que debieron de esculpirlo bajo aquel sol lejano unos canteros que eran los cínicos descendientes de Bernini, que los tallaban por decenas y calculaban con admirable preci-

sión las necesidades de los faraones en ciernes de una tierra inculca.

Sus alas en invierno estaban sucias por la nieve y en verano, por el polvo arrastrado por el viento. No era el único ángel del cementerio de Manawaka, pero sí el primero, el más grande y desde luego el más caro. Los demás, si recuerdo bien, eran de un orden claramente inferior, ángeles menores, querubines con labios de piedra fruncidos: uno sostenía en alto un corazón de piedra, otro rasgueaba en eterno silencio una pequeña arpa de piedra sin cuerdas, y otro más señalaba con mirada extasiada una inscripción. Recuerdo la inscripción porque nos burlábamos cuando pusieron allí la lápida.

DESCANSE EN PAZ.
 TRAS FATIGAS ASAZ.
 REGINA WAZ.
 1886

Poco más hay que contar de la pobre Regina, hoy olvidada en Manawaka: igual que yo, Hagar, he sido sin duda olvidada. Y eso que siempre pensé que ella era la única culpable de su destino, pues fue una criatura débil y sin nervio, insulsa como unas natillas de huevo, que se pasó la vida cuidando con devoción de mártir a una madre desahogada y con voz zorruna. Cuando murió Regina, de una desconocida enfermedad femenina, la anciana y nada respetable señora se levantó de las sábanas malolientes y vivió, para desesperación de sus hijos casados, otros diez años. No hace falta decir «Dios la tenga en su gloria», pues debe de estar riéndose maliciosamente en el infierno, mientras la virginal Regina suspira en el cielo.

En verano el cementerio empalagaba tanto como el almíbar con el olor a funeraria de las peonías, de color rojo oscuro y rosa como el papel pintado; las pomposas flores colgaban como si fuesen de plomo, demasiado pesadas para sus finos tallos, se inclinaban por su propio peso y el de la lluvia, infestadas de hormigas advenedizas que pululaban entre los pétalos aterciopelados como si llevasen toda la vida haciéndolo.

Yo paseaba a menudo por allí de niña. En aquellos días no había muchos sitios donde pasear remilgadamente por senderos donde las botas blancas de cabritilla y las faldas no se arañasen con los cardos o acabaran en un indecoroso desaliño. Cuánto me esforzaba en estar hecha un primor, estaba convencida de que la vida se había creado solo para celebrar la pulcritud, como la repipi de Pippa en el poema de Browning. Pero a veces, a través de las cálidas ráfagas de irrespetuoso viento que estremecían el encinillo y la áspera grama que rodeaba la morada de los muertos, se alzaba por un instante el olor de las primulas. Esas plantas silvestres y llamativas tenían la raíz dura, y aunque los parientes las arrancaban y mantenían a raya en la linde del cementerio, decididos a mantener las parcelas despejadas y claramente civilizadas, cualquiera que pasara por allí podía notar durante un segundo o dos el olor leve, almizclado y polvoriento de unas flores que crecían y siempre habían crecido sin cuidados, antes de que llegaran las robustas peonías y los ángeles de alas rígidas, cuando por los bosques de las praderas solo caminaban los indios *cree* de rostro enigmático y pelo grasiento.

Me he dejado llevar por la memoria. No lo hago a menudo, o al menos no muy a menudo. Hay quien dice que los viejos viven en el pasado; eso es absurdo. Cada nuevo día, tan inútil en realidad, tiene para mí cierta extrañeza últimamente. Podría ponerlo en un jarrón y admirarlo, como los primeros dientes de león, y olvidaríamos que es como una mala hierba, y nos maravillaríamos de su misma existencia. Pero una disimula, por lo general, por culpa de personas como Marvin, que sienten consuelo al ver a unas ancianas alimentándose como dóciles conejos con las hojas de lechuga de otros tiempos, otras costumbres. Qué injusta soy. Bueno, ¿y por qué no? Quejarme así es mi única diversión, eso y los cigarrillos, un hábito que adquirí hace solo diez años, por puro aburrimiento. Marvin cree que es una vergüenza que fume, a mi edad, noventa años. Para él hay algo perturbador en ver a Hagar Shipley, que por desgracia resulta que es su madre, con un pequeño tubito ardiendo sujeto con descaro entre sus dedos artríticos. Ahora enciendo uno de mis cigarrillos y doy vueltas por mi cuarto, recordando furiosamente, sin otra razón que estar atrapada en ello. Aunque tengo que ir con cuidado de no hablar en voz alta, pues si lo hago Marvin mirará a Doris y Doris le devolverá una elocuente mirada a Marvin y uno de los dos dirá: «Mamá tiene uno de sus días malos». Que digan lo que quieran. ¿Qué me importa ahora lo que diga la gente? Ya me preocupó demasiado tiempo.

¡Ay, los hombres que se me han muerto! No, no pensaré en eso. Qué deshonor que me vea llorar esa gorda de Doris. La puerta de mi cuarto no tiene cerrojo. Dicen que es porque podría enfermar por la noche, y cómo entrarían a cuidarme (cuidarme..., como si fuese una

cosecha, un cultivo comercial). Así que pueden entrar cuando les plazca. La intimidad es un privilegio que no se concede a los viejos ni a los jóvenes. A veces, los niños muy pequeños miran a los viejos, y ambos cruzan una mirada conspiradora, astuta y cómplice. Es porque ni unos ni otros son humanos para los de mediana edad, los que están en la flor de la vida, como dicen ellos, igual que si fuesen plantas.

Yo debía de tener unos seis años cuando llevaba aquel pichi de tela escocesa, verde claro y rojo claro: no rosa, un rojo acuoso, más bien, como la carne de una sandía madura, hecho por una tía de Ontario y majestuosamente ribeteado de terciopelo negro. Ahí estaba yo, paseando por la acera como un pavo minúsculo, resplandeciente, altiva, presumida, la hija morena de Jason Currie.

Antes de empezar el colegio, fui un verdadero incordio para la tía Doll. Entonces la casa era nueva, la segunda casa de ladrillo que se construyó en Manawaka, y la tía Doll siempre tuvo la sensación de que debía estar a la altura de la casa, aunque ella fuese personal contratado. Era viuda y había estado con nosotros desde que nació. Por las mañanas, llevaba una cofia de encaje blanco y chillaba como una bruja cuando yo se la desanudaba y exponía su pelambreira rizada a los ojos risueños de Reuben Pearl, que nos traía la leche. En esas ocasiones me enviaba a la tienda, y allí mi padre me sentaba en una caja de manzanas vacía puesta del revés, entre los barriles de orejones y uvas pasas y el olor a papel de estraza y a almidón de los rollos de tela de la sección de artículos de confección, y me hacía memorizar pesos y medidas.

—Dos vasos, una medida. Cuatro medidas, una pinta. Dos pintas, un cuarto. Cuatro cuartos, un galón.

Dos galones, una cuartilla. Cuatro cuartillas, una fanega.

Mi padre, corpulento y con chaleco, se quedaba de pie detrás del mostrador, y con su voz de acento escocés me insistía cuando me olvidaba algo y me decía que me concentrase o no aprendería nunca.

—¿Es que de mayor quieres ser una boba, una tonta de remate?

—No.

—Pues concéntrate.

Cuando le recitaba todos los pesos, el peso *troy*, las medidas de longitud, el sistema imperial y las medidas de volumen, él asentía con la cabeza.

*La diestra, la zurda,
ya lo has entendido.*

Era lo único que decía cuando lo hacía bien. Nunca fue amigo de malgastar una palabra o un minuto. Era un hombre hecho a sí mismo. Había empezado sin un centavo, le gustaba contarle a Matt y a Dan, y había prosperado solo con su esfuerzo. Era cierto. Nadie podía negarlo. Mis hermanos se parecían a mi madre, chicos guapos sin nervio que intentaban complacerlo pero rara vez lo conseguían. Solo yo, que no quería parecerme a él en nada, era fuerte como él y tenía su nariz aguileña y una mirada capaz de mirar a cualquiera a los ojos sin mover una pestaña.

«Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas.» Depositaba toda su fe en los proverbios. Eran su padrenuestro, su credo. Los contaba como las cuentas de un rosario, o las monedas en la caja registradora. «A

quien madruga Dios le ayuda.» «El trabajo compartido es más llevadero.»

Siempre usaba varas de abedul para castigarnos. Igual que había hecho su padre con él, aunque en otro país. No sé qué habría hecho si no hubiese habido abedules en Manawaka. Por suerte, en nuestros bosques crecían unos pocos: eran finos y enclenques, y nunca crecían demasiado, pero servían a su propósito. Matt y Dan salían siempre peor parados porque eran chicos y mayores, y cuando eso sucedía, venían a hacerme lo que les habían hecho a ellos, solo que utilizaban varas verdes de arce con hojas y todo. Nadie diría que esas hojas tan suaves pudieran escocer, pero escocían, en los flancos desnudos todavía regordetes con grasa de bebé, y yo chillaba como las bestias infernales de tres cabezas, tanto de dolor como de vergüenza, y ellos bisbiseaban que si me chivaba cogerían el cuchillo del pan con dientes de sierra y me cortarían el cuello y me desangraría y me quedaría blanca y seca como el bebé muerto al nacer de Hanna Pearl que habíamos visto en la Funeraria Simmons, en su ataúd de satén blanco. Pero cuando me enteré de que a Matt lo llamaban cuatro ojos en el colegio porque tenía que llevar gafas, y oí que la tía Doll regañaba a Dan porque había mojado la cama aunque tenía más de ocho años, supe que no se atreverían y se lo dije a mi padre. Ya no lo hicieron más, y se llevaron su merecido, y él me dejó mirar. Luego, no obstante, sentí haberlo presenciado, e intenté decírselo, pero ellos no quisieron escucharme.

No podían decir que fuesen los únicos. A mí también me pegaba, aunque no tan a menudo, tengo que admitirlo. Papá estaba tan orgulloso de la tienda que cual-

quiera habría dicho que era la única de la tierra. Fue la primera de Manawaka, así que supongo que tenía motivos. Se apoyaba en el mostrador, extendía las manos y sonreía de un modo tan extraordinario que parecía que estaba dándole la bienvenida al mundo entero.

La señora McVitie, la mujer del abogado, que llevaba un llamativo sombrero, le devolvió la sonrisa y le pidió huevos. Recuerdo muy bien que le pidió huevos, de los morenos, que creía más nutritivos que los que tenían la cáscara blanca. Y yo, con botines negros abotonados y unas medias de rayas malvas y beis que detestaba y me ponían por el frío, y el decoroso vestido azul marino de sarga de manga larga que mi padre encargaba cada año en el este, metí la nariz en el barril de las uvas pasas, con intención de robar un puñado mientras él estaba ocupado.

— ¡Anda!, mira cómo corren esos animalitos tan graciosos...

Me reí de ellos mientras se escondían, moviendo las patas diminutas tan deprisa que apenas se veían, encantada de que se atreviesen a aparecer allí y se burlaran de la ira y el imponente bigote de mi padre.

— ¡Cuida tus modales, señorita!

La bofetada que me dio entonces no fue nada comparada con la zurra que me dio en la trastienda cuando ella se fue.

— ¿Es que no te preocupa mi reputación?

— Pero ¡es que los he visto!

— ¿Y tenías que proclamarlo a los cuatro vientos?

— No quería...

— De nada sirve lamentarse cuando el daño está hecho. Extiende las manos, señorita.

Yo estaba tan enfadada que no dejé que me viese llorar. Usó una regla, y cada vez que yo apartaba las palmas doloridas, él me hacía volver a extenderlas. Miraba mis ojos secos con una especie de rabia, como si hubiese fracasado mientras no brotaran las lágrimas. Golpeó y golpeó, y luego tiró de pronto la regla al suelo y me rodeó con sus brazos. Me apretó tan fuerte que casi me asfixió contra la gruesa aspereza de su ropa con olor a naftalina. Me sentí atrapada y asustada y quise apartarlo de un empujón, pero no me atreví. Por fin me soltó. Parecía confundido, como si quisiera explicarse y él mismo desconociera la explicación.

—Has salido a mí —dijo, como si eso lo aclarara todo—. Tienes agallas, lo reconozco.

Se sentó en una caja y me subió en sus rodillas.

—Tienes que entender —dijo, hablando deprisa y en voz baja— que cuando tengo que pegarte con la regla, me duele a mí tanto como a ti.

Se lo había oído decir muchas veces. Pero cuando lo miré entonces con los ojos negros y brillantes, supe que era una mentira descarada. Pero había salido a él... Dios sabe que en eso no se equivocaba.

Me quedé en el umbral, dispuesta a salir corriendo.

—¿Vas a tirarlas?

—¿Qué?

—Las uvas pasas. ¿Vas a tirarlas?

—Ocúpate de tus asuntos, señorita —me espetó—, o...

Conteniendo la risa y las lágrimas, me di la vuelta y hui.

Muchos empezamos el colegio ese año. Charlotte Tappen era la hija del médico y tenía el pelo castaño y le dejaban llevarlo suelto, con un lazo verde, cuando la tía

Doll aún me hacía trenzas. Charlotte y yo éramos muy amigas e íbamos andando juntas a la escuela y pensábamos en cómo sería ser Lottie Drieser y no saber dónde estaba tu padre ni siquiera quién era. No obstante, nunca llamamos a Lottie «Sin Apellido», eso solo lo hacían los chicos. Pero nos reíamos al oírlo, sabiendo que estaba mal, sintiendo una mezcla de vergüenza y emoción, como la que había sentido una vez al ver a Telford Simmons, que no se molestó en ir al retrete de los chicos y lo hizo detrás de un arbusto.

El padre de Telford no gozaba de muy buena consideración. Regentaba la funeraria, pero nunca tenía un centavo.

«Malgasta su dinero», decía mi padre, y al cabo de un tiempo, supe que eso quería decir que bebía. Matt me contó una vez que Billy Simmons se bebía el líquido de embalsamar y durante mucho tiempo lo creí, lo veía como a un demonio y apresuraba el paso cuando me lo cruzaba por la calle, aunque era amable y desgarbado y siempre le daba chokolatinas a Telford para que las compartiera con nosotros. Telford tenía el pelo rizado y tartajeaba un poco, y de lo único que podía fanfarronear era de cuando tenían un cadáver en la cámara, y cuando le dijimos que no nos creíamos que pudiese entrar, nos llevó a ver a la hermana de Henry Pearl, el bebé muerto. Entramos por la ventana del sótano, toda la pandilla, guiados por Telford. Luego Lottie Drieser, menuda y ágil, con el pelo rubio fino como un bordado de seda y muy descarada a pesar del vestido remendado y gastado. Luego los demás: Charlotte Tappen, Hagar Currie, Dan Currie y Henry Pearl, que no quería ir, pero probablemente pensó que diríamos que era un gallina si no lo hacía y que le cantaríamos como hacíamos a veces:

*Henry Pearl
parece una chica...*

En realidad no lo parecía. Era un chico torpe y grandullón, que llegaba a diario a lomos de su propio caballo desde la granja, y que nunca tenía mucho tiempo para jugar porque tenía que ayudar en casa.

La sala estaba helada, como la fábrica de hielo del pueblo, donde los bloques que cada invierno cortaban del río cuando se congelaba se almacenaban todo el verano cubiertos de serrín. Nos estremecimos y susurramos aterrizados por el rapapolvo que nos caería encima si nos pillaban. No me gustó un pelo el aspecto de aquel bebé. Charlotte y yo nos quedamos atrás, pero Lottie abrió la tapa de cristal y acarició el terciopelo blanco y los pliegues de satén y su carita pálida y arrugada. Luego nos miró y nos retó a hacer lo mismo, pero nadie se atrevió.

—Gallinas —dijo—. Si alguna vez tengo un bebé y se muere, lo vestiré de satén como a este.

—Antes tendrás que encontrar a alguien que quiera ser el padre.

Fue Dan, que nunca desaprovechaba una oportunidad.

—Cállate —dijo Lottie—, cierra el pico o...

Telford daba saltitos aterrizado.

—Vamos, vamos..., nos va a caer una buena si mi madre nos pilla aquí...

La familia Simmons vivía encima de la funeraria. Billy Simmons no nos preocupaba, pero la madre de Telford era una arpía tacaña de gesto contraído que se quedaba en las escaleras y le daba a Telford una galleta después del colegio, pero nunca tenía nada para los demás niños,

y Telford, avergonzado, la mascaba bajo su mirada impaciente. Salimos en tropel y por el camino Lottie le susurró a Telford en un tono coqueto que hizo que Charlotte y yo nos desternillásemos de risa:

—No te preocupes, Telford. Yo te defendería. Le diría a tu madre que Dan te obligó.

—Mejor no —resopló Telford, sacando las piernas larguiruchas por la ventana—. No serviría de nada. Nunca te escucharía, Lottie.

Una vez en el césped, con la ventana del sótano cerrada y con todos a salvo e inocentes de nuevo, jugamos a tú la llevas alrededor de los grandes abetos que daban sombra y oscurecían todo el jardín. Todos menos Lottie. Ella se fue a casa.

Se me daba bien el colegio, y papá estaba contento. A veces, cuando ganaba una estrella por mi trabajo, me daba un cucurucho de caramelos o un puñado de esas gominolas con mensajes edulcorados: «Sé mía», «Eres bella», «Ámame», «Sé sincera». Todas las tardes, Dan, Matt y yo nos sentábamos a la mesa del comedor para hacer los deberes. Teníamos que estar allí una hora, y si no teníamos suficientes deberes, papá nos ponía sumas y nos daba consejos.

—Nunca llegaréis a nada en este mundo si no trabajáis más que los demás, es lo que tengo que deciros. Nadie os va a poner nada en bandeja de plata. Depende de vosotros, de nadie más. Si queréis prosperar tendréis que aplicaros. Tendréis que hincar los codos.

Yo procuraba no escucharle, y creí conseguirlo, hasta que años después, cuando estaba criando a mis dos hijos, me oí diciéndoles las mismas palabras.

Siempre me demoraba haciendo los deberes para no

tener que hacer las sumas que nos ponía. Repasaba las palabras del libro de lectura con el dedo y miraba fijamente las ilustraciones como si esperase que crecieran y se convirtieran en algo diferente, algo raro.

«Esto es una semilla. La semilla es marrón.»

Pero la semilla negra y rígida de la página seguía igual hasta que la tía Doll asomaba la cabeza desde la cocina.

—Señor Currie..., es hora de que Hagar se vaya a la cama.

—Muy bien. Arriba, hija.

Me llamaba «señorita» cuando estaba enfadado, e «hija» cuando estaba contento conmigo. Nunca Hagar. Me habían puesto ese nombre, esperanzadamente, por una acaudalada tía abuela soltera de Escocia, que, para disgusto de mi padre, le había dejado su dinero a la Sociedad Protectora de Animales.

Una vez, cuando tenía la mano en la barandilla, al pie de las escaleras, lo oí hablar de mí con la tía Doll.

—Es lista como un rayo. Ojalá hubiese sido...

Y luego se interrumpió, supongo que porque reparó en que, en el comedor, los hijos que le habían tocado estaban escuchando.

Todos entendíamos con claridad, incluso entonces, que cuando papá decía que había prosperado con su propio esfuerzo quería decir que había empezado sin dinero. Pero procedía de una buena familia: eso había sido una ventaja. El retrato de su padre colgaba en el comedor, los colores al óleo verde oliva y negro de fondo en torno al rostro afilado del viejo caballero, que vestía un incongruente chaleco con estampado de cachemira de color amarillo mostaza con unos remolinos como gusanos azules.